

LA REDENCIÓN PARTICULAR



Charles H. Spurgeon (1834-1892)

LA REDENCIÓN PARTICULAR

Contenido

1. Nuestros pecados8
2. La severidad de la justicia divina..... 12
3. El precio que Él pagó 17
4. La gloriosa liberación que Él efectuó..... 21
5. El alcance del diseño de la redención 23

Traducido del ingles del sermón N° 181 de Charles H. Spurgeon, predicado el domingo, 28 de febrero de 1858, en el Music Hall, Royal Surrey Gardens.

© Copyright Allan Roman. Traducido por Allan Roman; usado con permiso; www.spurgeon.com.mx. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Particular Redemption*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.ChapelLibrary.org.

LA REDENCIÓN PARTICULAR

“Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”—Mateo 20:28

CUANDO recibí por primera vez la responsabilidad de ocupar este púlpito y de predicar en esta sala, mi congregación tenía la forma de una masa irregular de personas procedentes de todas las calles de esta ciudad, que venían para escuchar la Palabra. Se trataba simplemente de un evangelista, que predicaba a muchos que no habían oído el Evangelio anteriormente. Por la gracia de Dios, ha ocurrido un cambio muy bendito y, ahora, en vez de tener una multitud irregular que se reúne, mi congregación es tan permanente como la de cualquier otro ministro de la ciudad de Londres.

Desde este púlpito puedo observar los rostros de mis amigos que han ocupado los mismos lugares, hasta donde es posible, durante todos estos meses; y tengo el privilegio y el placer de saber que una gran proporción, ciertamente las tres cuartas partes de las personas que se congregan aquí, no son personas que asisten por pura curiosidad, sino que son mis oyentes regulares y constantes.

Y pueden observar que mi carácter también ha cambiado. Antes era un evangelista, pero ahora mi responsabilidad ha pasado a ser la del pastor de ustedes. Ustedes eran antes un grupo muy variado, reunido para escucharme, pero ahora estamos unidos por los lazos del amor; por nuestra asociación hemos

aprendido a amarnos y a respetarnos los unos a los otros y, ahora, ustedes se han convertido en las ovejas de mis pastos y miembros de mi rebaño; y yo tengo el privilegio de asumir la posición de un pastor en este lugar como también de la capilla donde trabajo por las tardes.

Entonces, pienso que cada uno de ustedes estará de acuerdo que debido a que, tanto la congregación como mi oficio han cambiado ahora, la propia enseñanza debe sufrir una modificación en cierta medida. Ha sido siempre mi intención dirigirme a ustedes a partir de las sencillas verdades del Evangelio; muy raras veces, en este lugar, he intentado adentrarme en las profundas cosas de Dios. Un texto que podría considerarse adecuado para mi congregación que se reúne en las tardes, no necesariamente sería tema de comentario en este lugar, por las mañanas. Hay muchas doctrinas elevadas y misteriosas que no he dejado de comentar en mi propia capilla, pero sobre las que no me he tomado la libertad de introducir aquí, pues los he considerado como un grupo de personas congregadas casualmente aquí para escuchar la Palabra. Pero ahora, ya que las circunstancias han cambiado, cambiaremos la enseñanza también.

No me voy a limitar ahora simplemente a la doctrina de la fe o a la enseñanza del bautismo del creyente; no me voy a quedar sobre la superficie de los asuntos, sino que voy a aventurarme, con la guía de Dios, para entrar en esos temas que descansan en la base de nuestra fe tan querida.

No me va a dar vergüenza predicar ante ustedes la doctrina de la soberanía divina de Dios; no voy a titubear al predicar la doctrina de la elección, sin reservas ni rodeos. No temeré explicar la grandiosa verdad de

la perseverancia final de los santos; no voy a pasar por alto la verdad indudable de la Escritura, el llamado eficaz que hace Dios a sus elegidos; me voy a esforzar, con la ayuda de Dios, para no ocultarles nada a ustedes que se han convertido en mi rebaño. Viendo que muchos "...habéis gustado la benignidad del Señor" (1 P. 2:3) vamos a tratar de abarcar el sistema completo de las doctrinas de la gracia para que los santos puedan ser edificados y desarrollados en su más santa fe (Jud. 20).

Comienzo este día con la doctrina de la redención. "Para dar su vida en rescate por muchos" (Mt. 20:28; Mr. 10:45).

La doctrina de la redención es una de las doctrinas más importantes del sistema de la fe. Un error en este punto, llevará inevitablemente, al error a lo largo de todo el sistema de nuestra fe.

Ahora, ustedes están conscientes de que hay diferentes teorías acerca de la redención. Todos los cristianos sostienen que Cristo murió para redimir, pero no todos los cristianos enseñan la misma redención. Tenemos diferencias en cuanto a la naturaleza de la expiación y en cuanto al plan de redención. Por ejemplo, el arminiano sostiene que Cristo, cuando murió, no murió con objeto de salvar a una persona en particular; y ellos enseñan que la muerte de Cristo, en sí misma, no garantiza más allá de toda duda, la salvación de nadie.

Ellos creen que Cristo murió para hacer posible la salvación de todos los hombres o que haciendo algunas otras cosas, cualquier hombre que así lo quiera, puede alcanzar la vida eterna; por consiguiente, están obligados a sostener que si la voluntad del hombre no cede y no se somete voluntariamente a la gracia, en-

tonces la expiación de Cristo sería ineficaz. Ellos sostienen que no hay nada particular ni especial en la muerte de Cristo. Cristo murió, dicen ellos, tanto por Judas que está en el infierno como por Pedro, que se remontó al cielo. Ellos creen que para quienes han sido consignados al fuego eterno, hubo una redención tan verdadera y real, como para quienes se encuentran ahora ante el trono del Altísimo.

Pero nosotros no creemos en nada de eso. Nosotros sostenemos que Cristo, cuando murió, tenía un objetivo en mente, y ese objetivo será cumplido con absoluta seguridad, más allá de toda duda. Nosotros medimos el propósito de la muerte de Cristo por su efecto. Si alguien pregunta: “¿Cuál fue el propósito de Cristo al morir?”, nosotros respondemos a esa pregunta por medio de otra: “¿Qué ha hecho Cristo o qué hará Cristo por medio de su muerte?”. Pues nosotros declaramos que la medida del efecto del amor de Cristo, es la medida de su propósito. Nosotros no podemos engañar a nuestra razón, pensando que la intención del Dios Todopoderoso puede frustrarse o que el propósito de algo tan grandioso como la expiación, puede fallar por algo.

Sostenemos (no tenemos miedo de decir lo que creemos) que Cristo vino a este mundo con la intención de salvar “a una gran multitud, la cual nadie podía contar” (Ap. 7:9-10) y creemos que como resultado de esto, cada persona por quien Él murió, sin ninguna sombra de duda, será limpiada de pecado y estará lavada en su sangre, ante el trono del Padre (Ap. 1:5; 7:14). Nosotros no creemos que Cristo haya hecho una expiación eficaz por quienes están condenados para siempre; no nos atrevemos a pensar que la sangre de Cristo haya sido derramada jamás con la

intención de salvar a quienes Dios sabía de antemano que no podrían ser salvos y algunos de ellos ya estaban en el infierno cuando Cristo, de acuerdo a la creencia de algunos hombres, murió para salvarlos.

De esta forma, acabo de presentar nuestra teoría de la redención y de sugerir las diferencias que existen entre dos grandes grupos de la Iglesia que profesa la fe. Será mi tarea demostrar lo grandioso de la redención de Cristo Jesús y, al hacer eso, espero ser capacitado por el Espíritu de Dios para exponer la totalidad del gran sistema de redención, de tal manera que pueda ser entendido por todos nosotros, aunque no todos lo podamos aceptar. Pues deben tener en mente que algunos de ustedes, tal vez, estén listos para objetar las cosas que yo afirmo; pero tienen que recordar que eso no me afecta; yo voy a enseñar en todo momento esas cosas que yo creo verdaderas, sin permiso y a pesar del estorbo de cualquier ser que respire. Ustedes tienen la libertad de hacer lo mismo en sus propios lugares y de predicar sus propios puntos de vista en sus propias congregaciones, de la misma manera que yo reclamo el derecho de predicar mis convicciones, plenamente y sin ningún titubeo.

Cristo Jesús “dio su vida en rescate por muchos” y, por medio de ese rescate, Él alcanzó para nosotros una gran redención. Voy a intentar demostrar lo grande de esa redención, midiéndola de cinco maneras. En primer lugar, vamos a ver su grandeza desde la perspectiva de la atrocidad de nuestra culpa, de la cual Él nos ha liberado; en segundo lugar, vamos a medir su redención por la severidad de la justicia divina; en tercer lugar, vamos a medirla por el precio que Él pagó, los tormentos que soportó; a continuación vamos a tratar de magnificarla, viendo la libera-

ción que Él alcanzó; y vamos a concluir observando el gran número de personas para quienes se llevó a cabo la redención, quienes son descritos en nuestro texto como “muchos”.

1. Nuestros pecados

Entonces, en primer lugar, veremos que la redención de Cristo no fue algo insignificante, si la medimos, primero, por nuestros propios pecados. Hermanos, por un instante contemplan el hoyo de donde fueron desenterrados y la cantera donde han sido labrados. Ustedes, que han sido lavados, limpiados y santificados, hagan una pausa por un momento, y vuelvan su vista atrás al estado anterior de su ignorancia; los pecados que cometían, los crímenes hacia los que se despeñaban, la continua rebelión contra Dios en la que vivían habitualmente. Un pecado puede perder el alma para siempre; no está al alcance de la mente humana entender la maldad infinita que dormita en las entrañas de un pecado solitario. Hay, verdaderamente, una inmensidad de culpa cobijada en una trasgresión contra la majestad del cielo.

Entonces, si tú y yo hubiéramos pecado una sola vez, nada, sino una expiación infinita en valor, hubiera podido lavar jamás el pecado y hacer satisfacción por él. ¿Pero acaso ha sido sólo una vez que tú y yo hemos transgredido? No, hermanos míos, nuestras iniquidades son mayores en número que los cabellos de nuestra cabeza (Sal. 40:12); han prevalecido poderosamente contra nosotros. Podríamos muy bien intentar contar la arena del mar o intentar ponerle un número a las gotas que forman el océano en su totali-

dad, antes que llevar la cuenta de las trasgresiones que se han acumulado en nuestras vidas.

Recordemos nuestra niñez. ¡Cuán pronto empezamos a pecar! ¡Cómo desobedecíamos a nuestros padres y, aun a esa temprana edad, aprendimos a convertir nuestras bocas en una guarida de mentiras! En nuestra niñez, ¡cuán llenos estábamos de desenfreno y rebeldía! Tercos e inconstantes, preferíamos nuestro propio camino y rompíamos todas las amarras que nuestros piadosos padres ponían sobre nosotros. Salvajemente, nos lanzábamos, muchos de nosotros, al propio centro de la danza del pecado. Nos convertimos en líderes de la iniquidad; no solamente pecamos nosotros, sino que enseñamos a otros a pecar.

Y en cuanto a la edad adulta, ustedes que han alcanzado la flor de la vida, puede ser que externamente parezcan más sobrios, pueden haberse liberado un poco de la disipación de la juventud; pero ¡cuán poco ha mejorado el hombre! A menos que la gracia soberana de Dios nos haya renovado, no somos del todo mejores que cuando comenzamos y, aun si el cambio ha sido operado en nosotros, todavía tenemos pecados de los que debemos arrepentirnos, y debemos todos poner nuestras bocas en el polvo y cubrir de cenizas nuestras cabezas y exclamar: “¡Inmundo! ¡Inmundo!” (Lv. 13:45). Y ¡oh!, ustedes que se apoyan agotados sobre sus bastones, el soporte de su ancianidad, ¿acaso no tienen ustedes todavía pecados que cuelgan de sus vestidos? ¿Acaso son sus vidas tan blancas como los cabellos blancos que coronan sus cabezas? ¿Acaso no sienten todavía que la transgresión embadurna sus vestidos y mancha su blancura?

¡Cuán a menudo son ahora arrojados al hoyo, hasta el punto de ser aborrecidos por sus propios ves-

tidos! Vuelvan sus ojos a los sesenta, los setenta, los ochenta años, a lo largo de los cuales Dios les ha perdonado la vida; ¿pueden ustedes, aunque sea por un momento, pensar que es posible que ustedes tienen la capacidad de contar sus innumerables transgresiones o calcular el peso de los crímenes que han cometido? ¡Oh, estrellas del cielo! El astrónomo puede medir su distancia y su altura, pero ¡oh, pecados de la humanidad!, ustedes sobrepasan cualquier cálculo. ¡Oh, elevadas montañas! ¡El hogar de la tempestad, el lugar de nacimiento de la tormenta! El hombre puede alcanzar sus cimas y pararse asombrado sobre sus nieves perpetuas; pero, ¡oh, montes del pecado!, ustedes se elevan por encima de nuestros pensamientos; ¡oh, abismos de trasgresiones!, ustedes son mucho más profundos de lo que nuestra imaginación se atreve a bucear.

¿Acaso se me acusa de denigrar la naturaleza humana? Entonces es porque ustedes no la conocen. Si Dios les hubiera manifestado la condición de su propio corazón alguna vez, ustedes mismos darían testimonio que, lejos de exagerar, mis pobres palabras no logran describir el estado desesperado de nuestro mal. ¡Oh! Si cada uno de nosotros pudiera mirar al corazón hoy. Si nuestros ojos se pudieran volver a nuestro interior para poder ver la iniquidad que está grabada como con la punta de un diamante sobre la superficie de piedra de nuestros corazones, diríamos entonces que el ministro, independientemente de la manera como pueda describir la situación desesperada de la culpa, bajo ningún punto podría exagerar.

¡Cuán grande entonces, amados hermanos, debe ser el rescate de Cristo, al salvarnos de todos estos pecados! Los hombres por quienes murió Jesús,

cuando tienen fe, independientemente de cuán grande sea su pecado, son justificados de todas sus transgresiones. Aunque se hayan entregado a cada vicio y a cada mal deseo que Satanás haya podido sugerirles y que la naturaleza humana podía llevar a cabo, sin embargo, cuando creyeron, toda su culpa fue limpiada. Año tras año se han recubierto de negrura hasta que sus pecados se han convertido en una armadura; pero en un instante de fe, un momento triunfante de confianza en Cristo, la gran redención quita la culpa de numerosos años. Más aún, si fuera posible que todos los pecados que los hombres han cometido, de pensamiento, de palabra o de obra, desde que los mundos fueron creados, y desde que el tiempo comenzó, fueran colocados sobre una sola pobre cabeza, la gran redención sería plenamente suficiente para quitar todos estos pecados y lavar al pecador para que quedara más blanco que la nieve (Is. 1:18).

¡Oh! ¡Quién pudiera medir las alturas de la plena suficiencia del Salvador! Quien quiera hacerlo, primero tiene que calcular qué tan grande es el pecado y luego, recordar que así como el diluvio de Noé sobrepasó los picos de las montañas más elevadas de la tierra, así el diluvio de la redención de Cristo sobrepasa las cimas de las montañas de nuestros pecados. En los atrios del cielo hay hombres hoy que una vez fueron asesinos, y ladrones, y borrachos, y fornicarios, blasfemos y perseguidores; pero ellos fueron lavados, fueron santificados. Pregúntenles de dónde proviene el brillo de sus vestidos y dónde obtuvieron su pureza, y ellos, al unísono, les dirán que ellos lavaron sus vestidos y los blanquearon en la sangre del Cordero (Ap. 7:14).

¡Oh, ustedes conciencias atribuladas! ¡Oh, ustedes que están trabajados y cargados! ¡Oh, ustedes que giran a causa del pecado! La grandiosa redención que ahora es proclamada a ustedes es plenamente suficiente para sus necesidades y, aunque sus numerosos pecados sobrepasan a las estrellas que adornan el firmamento, aquí hay una expiación hecha por todos ellos, un río que puede cubrirlos a todos y llevárselos muy lejos, para siempre.

Ésta es, entonces, la primera medida de la expiación: La atrocidad de nuestra culpa.

2. La severidad de la justicia divina

Ahora, en segundo lugar, debemos medir la gran redención por la severidad de la justicia divina. “Dios es amor” y siempre ama; pero mi siguiente propuesta no interfiere para nada con esta afirmación. Dios es severamente justo, inflexiblemente severo en sus tratos con la humanidad. El Dios de la Biblia no es el Dios que algunos imaginan, que tiene tan baja opinión del pecado, que puede pasarlo por alto sin demandar ningún castigo. Él no es el Dios de la imaginación de algunos hombres que piensan que nuestras transgresiones son cosas tan pequeñas, simples pecadillos, que el Dios del cielo pasa por alto y deja que mueran en el olvido. No; Jehová, el Dios de Israel, ha declarado acerca de sí mismo: Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es (Éx. 20:5). Su propia declaración es: “Y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado” (Éx. 34:7). “El alma que pecare, esa morirá” (Ez. 18:4).

Aprendan, amigos míos, a mirar a Dios como un Ser tan severo en su justicia como si no tuviera amor

y, sin embargo, tan amoroso como si no fuera severo. Su amor no disminuye su justicia, ni su justicia se contrapone a su amor en lo más mínimo. Las dos cosas están dulcemente vinculadas entre sí en la expiación de Cristo. Pero, fíjense bien, nunca podremos entender la plenitud de la expiación hasta no comprender antes la verdad de la Escritura acerca de la inmensa justicia de Dios. Nunca se ha dicho una mala palabra, ni se ha concebido un mal pensamiento, ni se ha cometido una mala acción, que Dios no vaya a castigar en la persona del culpable. Él tendrá una satisfacción, ya sea de ustedes o de Cristo. Si ustedes no pueden presentar la expiación por medio de Cristo, deben permanecer por siempre en una deuda que no podrán pagar, en la miseria eterna; pues tan ciertamente como que Dios es Dios, Él primero perdería su divinidad que permitir que un pecado quede sin castigo o una partícula de rebelión sin venganza.

Ustedes podrán decir que este carácter de Dios es frío, severo y duro. No puedo evitar que digan eso; no obstante, lo que he comentado es verdad. Así es el Dios de la Biblia y, aunque repetimos que es verdad que Él es amor, no es menos cierto que además de que Él es amor, Él es plena justicia, porque toda cosa buena en su máxima perfección se encuentra en Dios, de tal forma que mientras el amor alcanza su hermosura plena, la justicia muestra una inflexibilidad severa en Él. En su carácter, Dios no tiene ninguna torcedura ni ninguna desviación; ninguno de sus atributos predomina como para opacar a los otros. El amor tiene dominio pleno y la justicia no tiene un límite más estrecho que su amor.

¡Oh!, entonces, amados hermanos, piensen cuán grandiosa debe haber sido la sustitución de Cristo, ya

que pudo satisfacer a Dios por todos los pecados de su pueblo (He. 9:13-15). Por el pecado del hombre, Dios demanda el eterno castigo y Dios ha preparado un infierno al que arrojará a quienes mueran sin arrepentirse. ¡Oh!, hermanos míos, ¿pueden imaginarse cuál debe haber sido la grandeza de su expiación, que fue la que sustituyó a toda esta agonía que Dios hubiera vertido sobre nosotros, si no la hubiera vertido sobre Cristo?

¡Miren!, ¡miren!, ¡miren con una mirada solemne a través de las sombras que nos separan del mundo de los espíritus, y vean esa casa de miseria que los hombres llaman infierno! No pueden soportar el espectáculo. Recuerden que en ese lugar hay espíritus que pagan por siempre a la justicia divina, su deuda; pero, aunque algunos de ellos han estado durante más de cuatro mil años quemándose en las llamas, no están más cerca de lograr pagar su deuda de lo que estaban cuando el castigo comenzó; y cuando hayan pasado diez mil veces diez mil años, no habrán hecho mayor satisfacción para Dios a causa de su culpa, de lo que han hecho hasta este momento.

Y ahora, pueden apreciar el pensamiento de la grandeza de la mediación del Salvador al haber pagado sus deudas y haberlas pagado de una sola vez; de tal forma que no queda pendiente ningún saldo de esa deuda del pueblo de Cristo para con Dios, excepto una deuda de amor. El creyente no le debe nada a la justicia; aunque originalmente debía tanto que la eternidad no sería lo suficientemente larga para que permitiera pagar esa deuda, sin embargo, en un instante, Cristo lo pagó todo, de tal forma que el creyente está enteramente justificado de toda culpa y libre de todo castigo, a través de la obra de Jesucristo.

Piensen entonces, cuán grande es su expiación viendo todo lo que ha hecho.

Debo hacer una pausa aquí para exponer otro pensamiento. Hay momentos en los que Dios el Espíritu Santo muestra a los hombres, en sus propias conciencias, la severidad de la justicia. Habrá aquí presente hoy, alguien cuyo corazón ha sido herido por un sentido de pecado. Una vez fue un hombre libre, un libertino, sin ninguna sujeción a nadie; pero ahora la flecha del Señor ha penetrado en su corazón y se encuentra sumido en una esclavitud peor que la de Egipto. Lo veo hoy y me dice que su culpa lo persigue por todas partes. El esclavo negro, guiado por la estrella polar, puede escapar de las crueldades de su amo y llegar a otra tierra donde pueda ser libre; en cambio, este otro hombre siente que, aunque vagara por todo el ancho mundo, no podría escapar de la culpa. El que ha estado atado por muchas cadenas, puede tener la esperanza de encontrar una sierra que las rompa y así quedar libre. En cambio, este hombre dice que ha intentado oraciones y lágrimas y buenas obras, pero aun así, no puede liberar sus muñecas de las esposas que lo aprisionan. Todavía se siente como un pecador perdido y la emancipación parece algo imposible para él, no importa lo que haga.

El preso en el calabozo es, a veces, libre en su pensamiento, aunque su cuerpo esté preso; su espíritu salta por encima de las paredes de la cárcel y vuela hacia las estrellas, libre como el águila que no es esclava del hombre. Pero este hombre es un esclavo en sus pensamientos; no puede tener ni un solo pensamiento brillante o feliz. Su alma está decaída en su interior; el hierro se ha metido en su espíritu y está amargamente afligido. El cautivo, a veces, olvida su

cautiverio en sus sueños, pero en cambio este hombre no puede dormir; en la noche sueña con el infierno y en el día parece sentir ese infierno; lleva en su corazón un horno ardiente de llamas y no importa lo que haga, no puede apagarlo.

Él ha sido confirmado, ha sido bautizado, toma el sacramento, asiste a la iglesia o visita frecuentemente una capilla, sigue cada ordenamiento y obedece cada norma, pero el fuego continúa ardiendo. Da su dinero a los pobres, está presto a entregar su cuerpo a la hoguera, alimenta a los hambrientos, visita a los enfermos, da de vestir al desnudo, pero el fuego sigue ardiendo y, no importa lo que haga, no puede apagarlo.

Oh, ustedes, hijos del abatimiento y del dolor, esto que sienten es por causa de la justicia de Dios que los persigue y dichosos son ustedes porque sienten esto, pues hoy yo les predico este Evangelio glorioso del bendito Dios. Tú eres una de las personas por quienes murió Jesucristo; por ti, Él ha satisfecho la justicia divina y ahora todo lo que tienes que hacer para obtener paz en tu conciencia, es decir simplemente a tu adversario que te persigue: “¡Ten cuidado, Cristo murió por mí!; ¡mis buenas obras no te detendrían, mis lágrimas no te apaciguarían: Ten cuidado! ¡Allí está la cruz; allí está clavado mi Dios que sangra! ¡Escucha su clamor de muerte! ¡Míralo morir! ¿No estás satisfecho ahora?”. Y cuando hayas hecho eso, tendrás la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, que guardará tu corazón y tu mente por medio de Jesucristo tu Señor y, entonces, conocerás la grandeza de su expiación.

3. El precio que Él pagó

En tercer lugar, podemos medir la grandeza de la redención por el precio que Él pagó.

Es imposible que nosotros sepamos cuán grandes fueron los dolores que el Salvador soportó; sin embargo, una mirada a ellos nos dará una pequeñísima idea de la grandeza del precio que Él tuvo que pagar por nosotros. Oh, Jesús, ¿quién podrá describir tu agonía?

*“¡Que se reúnan en mí todos los manantiales,
y habiten en mi cabeza y mis ojos;
vengan, nubes y lluvia!
Mi dolor necesita de todos esos líquidos,
que la naturaleza ha producido.
Que cada vena absorba todo un río
para alimentar mis ojos,
mis ojos cansados de llanto;
demasiado secos están
a menos que se liguen a nuevos
conductos y suministros,
que los humedezcan, y reflejen mi conciencia”.*

¡Oh, Jesús! Tú sufriste desde tu nacimiento, varón de dolores y experimentado en quebrantos (Is. 53:3). Tus sufrimientos recayeron sobre ti en una lluvia perpetua, hasta la horrible última hora de tinieblas. Entonces, ya no en una lluvia, sino en una nube, un torrente, una catarata de aflicción, tus agonías se precipitaron sobre ti. ¡Mírenlo allá! Es una noche de hielo y de frío; pero Él está al descubierto. Es de noche: Él no duerme, sino que está orando. ¡Escucha sus gemidos! ¿Alguna vez alguien ha combatido como Él combate? ¡Ve y mira su rostro! ¿Acaso algún mortal mostró alguna vez en su rostro tal sufrimiento, como

el que puedes mirar en Él? ¿Escuchas sus propias palabras? “Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Mt. 26:38). Se pone de pie, es prendido por traidores y llevado con ellos. Entremos al lugar donde acaba de estar en agonía. ¡Oh, Dios! ¿Qué es esto que vemos? ¿Qué son esas manchas sobre el suelo? ¡Es sangre! ¿De dónde salió esa sangre? ¿Acaso tenía Él una herida que se abrió de nuevo a causa de su espantosa lucha? ¡Ah! No. “Y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lc. 22:44). ¡Oh, agonías que sobrepasan el significado de la palabra agonía! ¡Oh, sufrimientos que ningún lenguaje puede describir! Cuán terribles habrán sido para causar tal efecto en el cuerpo bendito del Salvador y hacer brotar sudor de sangre de todo su cuerpo.

Y esto es sólo el comienzo; éste es el inicio de la tragedia. Síguelo en lamentación, tú, iglesia afligida, para presenciar la consumación. Él es llevado a prisa por las calles; Él es arrastrado de un tribunal a otro; es abatido y condenado ante el Sanedrín; es escarnecido por Herodes (Lc. 23:11); es juzgado por Pilato. Se pronuncia la sentencia: “¡Sea crucificado!” (Mt. 27:22).

Y ahora, la tragedia llega a su momento culminante. Le desnudan su espalda; lo atan a una columna romana destinada a los suplicios; el látigo sangriento abre surcos en su espalda (Sal. 129:3) y, en medio de un torrente, su espalda se torna roja. Un manto escarlata que lo proclama como emperador de la aflicción. Es llevado al recinto de los guardias; sus ojos están vendados y los soldados lo golpean mientras le dicen: “Profetiza, ¿quién es el que te golpeó?” (Lc. 22:64). Lo escupen en el rostro; tejen una corona de espinas y la meten a presión sobre sus sienes; lo visten con un

manto púrpura; doblan sus rodillas y se burlan de Él (Mr. 15:16-20). Él permanece callado; no responde ni una palabra. “Cuando padecía, no amenazaba” (1 P. 2:23), sino que se sometió a Aquel a quien vino a servir. Y ahora lo toman y en medio de burlas y desprecios se lo llevan de allí, por las calles de la ciudad. Debilitado por los continuos ayunos y abatido por la agonía de su espíritu, cae bajo el peso de su cruz. ¡Hijas de Jerusalén! Él desfallece en sus calles.

Lo levantan; colocan su cruz sobre los hombros de otro hombre y lo empujan, tal vez a punta de lanza, hasta que al fin llega al monte del castigo. Rudos soldados lo agarran y lo colocan de espaldas; la madera en forma de cruz es colocada abajo; sus brazos son extendidos hasta alcanzar la distancia necesaria; preparan los clavos; cuatro martillos clavan cuatro clavos simultáneamente, atravesando las partes más tiernas de su cuerpo y allí está, en el lugar de su ejecución, muriendo sobre su cruz. Pero todavía falta. Los rudos soldados alzan la cruz. Allí está la base preparada. Allí colocan la cruz, rellenan la base con tierra; ya está lista.

Pero vean los miembros del cuerpo del Salvador, ¡cómo tiemblan! Cada hueso ha sido dislocado cuando levantaron la cruz (Sal. 22:14). ¡Cómo llora! ¡Cómo suspira! ¡Cómo solloza! Y más aún, escuchen cómo grita en agonía: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). ¡Oh, sol, no me sorprende que hayas cerrado tu ojo, para no ver más un hecho tan cruel! (Mt. 27:45; Mr. 15:33). ¡Oh, rocas! ¡No me maravilla que ustedes se hayan derretido, rompiendo sus corazones con simpatía, cuando su Creador murió! (Mt. 27:50-54). Ningún hombre ha sufrido como sufrió este Hombre. Aun la muerte misma cedió, pues

muchos de los que estaban en sus tumbas se levantaron y vinieron a la ciudad (Mt. 27:52-53).

Esto, sin embargo, es lo externo. Créanme, hermanos míos, que lo interno fue peor aún. Lo que nuestro Salvador sufrió en su cuerpo no fue nada comparado con lo que soportó en su alma. Ustedes no pueden imaginar y yo tampoco puedo ayudarles a imaginar lo que Él soportó internamente. Supongan por un momento, para repetir una frase que he usado con frecuencia, supongan que un hombre ha ido al infierno; supongan que su tormento eterno puede ser condensado todo en una sola hora y, luego, supongan que puede ser multiplicado por el número de los salvos, que es un número que sobrepasa a cualquier cálculo humano. ¿Pueden ahora imaginarse el vasto cúmulo de miseria que habría habido en los sufrimientos de todo el pueblo de Dios si hubiese sido castigado por toda la eternidad? Y recuerden que Cristo tuvo que sufrir el equivalente a todos los infiernos de los redimidos (2 Co. 5:21). No podría expresar ese pensamiento de mejor manera que usando esas palabras repetidas a menudo: Parecería que el infierno fue puesto en una copa; Él la tomó y “de un solo trago tremendo de amor, Él bebió la condenación hasta la última gota”. De tal manera que no quedó nada de todas las penas y miserias del infierno que su pueblo tendría que haber sufrido. No digo que Él sufrió lo mismo, pero sí soportó un equivalente a todo esto y dio satisfacción a Dios por todos los pecados de todo su pueblo y, por consiguiente, llevó un castigo equivalente al de ellos. ¿Pueden ahora imaginar, pueden tener una idea de la grandiosa redención de nuestro Señor Jesucristo?

4. La gloriosa liberación que Él efectuó

Voy a tratar brevemente el siguiente punto. La cuarta forma de medir las agonías del Salvador es ésta: Debemos calcularlas por la gloriosa liberación que Él efectuó.

¡Levántate, creyente; ponte de pie en tu lugar y da testimonio en este día acerca de la grandeza de lo que Dios ha hecho por ti! Déjame que yo lo diga por ti. Voy a decir tu experiencia y la mía conjuntamente. Una vez mi alma estaba cargada de pecado; yo me había rebelado contra Dios y había transgredido gravemente. Los terrores de la ley se apoderaron de mí; las penas de la convicción me aprisionaron. Me reconocí culpable. Miré al cielo y me di cuenta que un Dios airado había jurado castigarme; miré hacia abajo y vi un infierno con sus fauces abiertas, listo para devorarme. Traté de satisfacer mi conciencia mediante buenas obras; pero todo en vano. Me esforcé por asistir a las ceremonias de la religión para apaciguar la angustia interna que me agobiaba; pero todo fue inútil. Mi alma estaba triste, casi hasta la muerte. Pude haber dicho como el que guardaba luto antiguamente: “Mi alma tuvo por mejor la estrangulación y quiso la muerte más que mis huesos” (Job 7:15). Ésta fue la gran pregunta que siempre me dejó perplejo: “He pecado; Dios debe castigarme; ¿cómo puede ser justo si no me castiga? Entonces, puesto que Él es justo, ¿qué será de mí?”. Al fin, mi ojo se volvió hacia esa dulce palabra que dice: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7). Llevé ese texto a mi habitación; allí me senté y medité. Miré a Uno clavado en la cruz. Era mi Señor Jesús. Allí estaba la corona de espinas, junto con los emblemas de una miseria

inigualable y sin par. Lo miré a Él y mi mente recordó esa palabra que dice: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15). Entonces, me dije a mí mismo: “¿Este Hombre murió por los pecadores? Yo soy un pecador; entonces Él murió por mí. Él salvará a aquellos por quienes murió. Él murió por los pecadores; yo soy un pecador; Él murió por mí; Él me salvará”. Mi alma confió en esa verdad. Lo miré a Él y conforme veía “el fluir de su sangre redentora de almas”, mi espíritu se regocijó, pues yo podía decir:

*“Nada traigo en mi manos,
solamente a tu cruz me aferro;
desnudo, busco en Él vestido;
desamparado, vengo a Él por gracia.
sucio, a esta fuente corro;
lávame, Salvador, porque muero”.*

Y ahora, creyente, tú dirás lo que falta. El momento en que tú creíste, tu carga se desprendió de tus hombros y te volviste ligero como el aire. En vez de tinieblas, ahora tenías luz; en lugar de ropas de tristeza, tenías vestidos de alabanza. ¿Quién podría describir tu gozo a partir de ese momento? Has cantado sobre la tierra himnos del cielo y en tu alma llena de paz has experimentado por anticipado el eterno reposo de los redimidos. Porque has tenido fe has entrado en el reposo (He. 4:1-11). Sí, proclámalo por todo el mundo; todos aquellos que creen, por la muerte de Jesús, son justificados de todas aquellas cosas de las que no podrían ser librados por las obras de la ley (Hch. 13:39). Di en el cielo que nadie puede acusar a los elegidos de Dios (Ro. 8:33). Anuncia en la tierra que los redimidos de Dios están libres de pecado a los

ojos de Jehová. Proclama, aun en el infierno, que los elegidos de Dios nunca irán allí; pues Cristo ha muerto por ellos y ¿quién podrá condenarlos? (Ro. 8:34).

5. El alcance del diseño de la redención

Me he dado prisa para llegar al último punto, que es el más dulce de todos. Nuestro texto nos dice que Jesucristo vino al mundo “para dar su vida en rescate por muchos”. La grandeza de la redención de Cristo puede ser medida por el alcance de su objetivo. Él dio su vida “en rescate por muchos”. Debo tratar de nuevo este controvertido punto. Se nos dice con frecuencia (quiero decir a quienes se nos apoda comúnmente con el sobrenombre de calvinistas, y eso no nos da vergüenza; pensamos que después de todo, Calvino conocía más del Evangelio que casi todos los hombres que han vivido sin inspiración) que nosotros limitamos la expiación de Cristo porque decimos que Cristo no ha dado una satisfacción por todos los hombres o, de lo contrario, todos los hombres serían salvos. Pero nuestra respuesta es que, por el contrario, nuestros oponentes son los que la limitan, no nosotros. Los arminianos afirman que Cristo murió por todos los hombres. Pregúntenles qué quiere decir eso. ¿Que Cristo murió para alcanzar la salvación de todos los hombres? Ellos responden, “no, ciertamente no”. Les hacemos una siguiente pregunta: ¿Cristo murió para alcanzar la salvación de algún hombre en particular? Ellos responden: “No; Cristo murió para que cualquier hombre sea salvo si...” y luego siguen ciertas condiciones para la salvación.

Nosotros decimos entonces, y vamos a regresar al viejo enunciado: Cristo no murió para alcanzar la sal-

vación de nadie, ¿cierto? Ustedes deben responder: “No”, están obligados a decir eso, pues ustedes creen que, aun después de que un hombre ha sido perdonado, puede caer de la gracia y perecer. Entonces, ¿quién es el que limita la muerte de Cristo? Pues ustedes.

Ustedes afirman que Cristo no murió para asegurar infaliblemente la salvación de nadie. Por favor, discúlpennos, cuando ustedes dicen que nosotros limitamos la muerte de Cristo, decimos: “No mis queridos señores, son ustedes los que lo hacen. Nosotros decimos que Cristo murió para asegurar infaliblemente la salvación de una muchedumbre que ningún hombre puede contar, que por medio de la muerte de Cristo, no solamente pueden ser salvos, sino que son salvos, deben ser salvos y no pueden correr la menor posibilidad de riesgo de no ser otra cosa que salvos. Ustedes pueden tener su propia idea de la expiación; pueden quedarse con ella. Nunca renunciaremos a la nuestra por lo que dicen ustedes.

Ahora, amados hermanos, cuando escuchen a alguien que se ríe o se burla de una expiación limitada, le pueden responder esto. La expiación universal es como un gran puente ancho, pero que llega nada más hasta la mitad; no cubre completamente el río, solamente llega hasta la mitad; no asegura la salvación de nadie. Ahora, yo prefiero poner mis pies sobre un puente tan angosto como Hungerford, que alcanza desde una orilla a la otra, que sobre un puente que fueran tan ancho como el mundo, pero que no llegara hasta el otro extremo. Me dicen que es mi deber decir que todos los hombres han sido redimidos y me dicen que hay un apoyo de las Escrituras para eso: “El cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se

dio testimonio a su debido tiempo” (1 Ti. 2:6). Ahora, eso parece ser un argumento muy, muy bueno a favor de la otra cara de la pregunta. Por ejemplo, vean esto: “Mirad, el mundo se va tras él” (Jn. 12:19). ¿Todo el mundo siguió a Cristo? “Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados” (Mt. 3:5-6). ¿Toda Judea y toda Jerusalén fueron bautizadas en el Jordán?”

“Hijitos, vosotros sois de Dios,…” (1 Juan 4:4) y “...el mundo entero está bajo el maligno” (1 Jn. 5:19). ¿Acaso “el mundo entero” quiere decir todo mundo? Si así fuera, ¿cómo es que había algunos que son “de Dios”? Las palabras mundo y todos tienen siete u ocho sentidos diferentes en la Escritura y es muy raro que todos, quiera decir todas las personas, tomadas individualmente. Las palabras son, generalmente, usadas para significar que Cristo ha redimido a algunos procedentes de diversos grupos: Algunos judíos, algunos gentiles, algunos ricos, algunos pobres y no ha restringido su redención, ya sea judíos o a gentiles (Ver también 1 Ti. 2:1-2).

Sin embargo, haciendo a un lado la controversia, ahora voy a responder una pregunta. Dime entonces, amigo, ¿por quién murió Cristo? Si quieres responderme una o dos preguntas, yo te diré si murió por ti. ¿Necesitas un Salvador? ¿Sientes que necesitas un Salvador? ¿Estás consciente del pecado hoy? ¿Te ha enseñado el Espíritu Santo que estás perdido? Si es así, Cristo murió por ti y tú serás salvado. ¿Estás consciente el día de hoy, que no tienes ninguna esperanza en el mundo, sino sólo en Cristo? ¿Sientes que tú no puedes por ti mismo ofrecer una expiación que pueda satisfacer la justicia de Dios? ¿Has renunciado a

toda confianza en ti mismo? y ¿puedes decir estando de rodillas: “¡Señor, sálvame, que perezco!”? Cristo murió por ti.

Si tú dices hoy: “Yo soy tan bueno como debo ser; yo puedo llegar al cielo por mis propias buenas obras”, entonces recuerda, la Escritura dice de Jesús: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mr. 2:17). Mientras estés en ese estado, yo no te puedo predicar ninguna expiación. Pero si hoy te sientes culpable, miserable, consciente de tu culpa y estás listo para aceptar a Cristo como tu único Salvador, no solamente te puedo decir que puedes ser salvado, sino mejor aún, serás salvado. Cuando te hayas desnudado de todo, excepto de la esperanza en Cristo, cuando estés preparado a venir con las manos vacías y tomar a Cristo para que sea tu todo y que tú seas absolutamente nada, entonces tú puedes mirar a Cristo y puedes decir: “¡Oh, tú, amado, tú, sangrante Cordero de Dios! Tú soportaste los dolores por mí; por los azotes que recibiste soy sanado y por tus sufrimientos soy perdonado”.

Y entonces, verás cuánta paz mental tendrás; pues si Cristo ha muerto por ti, no puedes perderte. Dios no castigará dos veces lo mismo. Si Dios castigó a Cristo por tu pecado, no te castigará a ti. “La justicia de Dios no puede exigir el pago dos veces, primero, de la mano sangrante de la Garantía, y luego de la mía” (Ver Ro. 3:24-26; 1 Jn. 1:9).

Si creemos en Cristo, hoy podemos marchar al propio trono de Dios y estar allí, y si se dijera: “¿Eres culpable?”, podemos responder: “Sí, culpables”. Pero si preguntan: “¿Qué tienes que responder acerca de que no debes ser castigado por tu culpa?”, podemos responder: “Grandioso Dios, tu justicia y tu amor,

ambos son la garantía que tú no nos castigarás por el pecado; pues, ¿no castigaste a Cristo por nuestro pecado? ¿Cómo podrías tú ser justo, cómo podrías ser Dios del todo, si castigas a Cristo, el sustituto, y luego castigas al hombre mismo después?”.

Tu única pregunta es: “¿Cristo murió por mí?”. Y la única respuesta que tenemos es “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Ti. 1:15). ¿Puedes escribir tu nombre con el de los pecadores, no con los pecadores que usan ese nombre por cortesía, sino entre los que se sienten verdaderamente pecadores y lo lamentan, y se angustian, y buscan misericordia a causa de eso? ¿Eres tú un pecador? Si lo sientes así, si lo reconoces así, si lo confiesas así, ahora eres invitado a creer que Jesucristo murió por ti porque eres un pecador y se te pide que te arrojes sobre esta grandiosa roca inmovible y que encuentres seguridad eterna en el Señor Jesucristo.

